

CAPITULO XI.

Salida de Campeche.—Puerto Deseado.—La barra de San Pedro.—Descubrimiento del Río Grijalva.—Amistad entre Juan de Grijalva y el cacique Tabasco.—Continuación del viaje hacia el Noroeste.—Aprehensión de varios indios.—Grijalva da libertad á seis de ellos conservando dos en rehenes mientras volvían sus compañeros trayendo oro.—No vuelven los indios, y Grijalva queda engañado en sus esperanzas.

Pasaron todavía la noche en el puerto, y, al amanecer del día siguiente, se hicieron á la vela, costeando rumbo al sudoeste, con el fin de encontrar lugar adecuado dónde reparar uno de los buques que recibía alguna agua por su fondo. El 31 de Mayo divisaron unas islas, y no lejos de ellas un puerto muy bueno que cuadraba perfectamente para lo que deseaban, y así lo bautizaron inmediatamente con el nombre de «Puerto Deseado»,¹ que estaba pro-

plitud la expedición de Grijalva, y que tiene en su apoyo el *Itinerario de la Armada de Grijalva*, escrita por el capellán mayor de ella, y la *Carta primera de relación* de Don Fernando Cortés.

¹ Fernández de Oviedo. *Historia general y natural de las Indias*.—*Itinerario de Grijalva*.—Fernández de Oviedo parece dar á entender que Puerto Deseado es un lugar distinto del puerto de Términos, nombre con que apellidó Grijalva al actual puerto del Carmen, al cual, por su lado, Herrera dá el nombre de «Puerto Escondido.» Podría ser muy bien que el puerto conocido al presente con el nombre de Puerto Escondido, fuese el mismo que Oviedo denomina Puerto Deseado. Véase á Herrera «Tabla General, palabra Escondido,» y á Fernández de Oviedo, tomo I, libro XVII, capítulo XVII, y tomo II, página 141. El «Itinerario de Grijalva,» página 293, refiriéndose á Puerto Deseado, asienta lo siguiente: «y los pilotos declararon que aquí se apartaba la isla de Yucatán de la isla rica llamada Valor que nosotros descubrimos.» Si Puerto Deseado fuese lo que ahora se conoce con el nombre de Puerto Escondido, la isla Valor sería la isla del Carmen.

bablemente situado en tierra firme, junto á la Laguna de Términos. El viaje hasta Puerto Deseado no había carecido de riesgos é incidentes. La costa mostraba su hilera de peñascos cortados, y por el mar se observaban muchas canoas de indios: al pasar frente á Champoton, aunque no quisieron anclar, recelando del caracter belicoso de sus habitantes, no obstante, algunos de éstos se acercaron en canoas de guerra á reconocer los navíos, y se aproximaron tanto, que fué necesario hacer una demostración para intimidarlos. Con este objeto, les echaron dos tiros de artillería, de feliz resultado, porque inmediatamente todas las canoas desaparecieron como parvadas de palomas asustadas por el tiro del cazador. Despues de este incidente, llegaron á Puerto Deseado: allí desembarcaron, y, como debían demorar algunos días para carenar la nave que hacía agua, formaron una enramada cerca de la playa, que les sirviese de abrigo; y, en los días que pasaron, distrajeron el fastidio de la espera ocupándose en cazar conejos, ciervos y liebres, y en pescar ju-reles de que abundaban mucho aquellas aguas. Como el brazo del mar que forma la Laguna de Términos era atravesado constantemente por indios comerciantes en sus barcos, un día descubrieron, no lejos del puerto adonde habían aportado, una canoa que llevaba rumbo de la tierra firme: ocurrióseles apresarla, y, poniendo en obra su designio, salieron varios botes en su persecución, y despues de algunas horas de andar tras ella, la alcanzaron é hicieron presa. Iban cuatro indios que para Grijalva vinieron muy oportunamente, porque descubrió que eran mayas, y así, le podían servir de intérpretes.

Los hizo bautizar, y los distribuyó en los cuatro navíos, y al que escogió para inmediato intérprete suyo, le puso el nombre de Pedro Barba.¹

El sábado, 5 de Junio de 1518, estaba ya concluida la reparación del buque descompuesto; y, hecha provisión suficiente de agua y leña, el General Grijalva dió orden de levar anclas, y los cuatro buques se dieron á la vela, siempre con dirección al poniente.

Siguiendo la costa septentrional de Tabasco, el 7 de Junio distinguieron la barra de San Pedro y San Pablo; y, continuando adelante, al día siguiente como á seis millas de la costa, se dieron cuenta de una gran corriente que venía de tierra arrojando agua dulce. Era tan fuerte, que los buques con dificultad la dominaban. Pronto comprendieron que en aquel lugar desaguaba un río caudaloso, al cual pusieron el nombre de «Río Grijalva.» Permanecieron en el mar en observación; pero al día siguiente subieron el río, internándose como media legua en él. Sus riberas estaban pobladas de multitud de indios armados, y á lo lejos se veían bajar multitud de botes de todas dimensiones, que al aproximarse se distinguió que pasaban de ciento, cargados de indios que podían llegar á tres mil. Uno de los botes se desprendió de los demás, y, acercándose á los buques españoles, se pudo descubrir que traía en la proa á un indio principal, jefe de toda la flota: traía embrazada rodela cubierta de plumas de colores, y en el centro, reluciente patena de oro que brillaba con el sol. Preguntó este jefe á los españoles qué era lo que querían, á lo cual Grijalva con-

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 517.

testó, por boca de su intérprete, que quería ser su amigo, y venía á estar con ellos, y darles de lo que traía. Con esto, volviése el capitán indio con su flota á su pueblo, pues que debía de ser un mensajero del cacique del lugar, y tornaba á dar á su señor noticia de lo que había averiguado. Así se puede colegir, porque en la tarde volvió el capitán indio á bordo de los navíos españoles, con encargo de decir á Grijalva que su jefe, así como todos sus súbditos, se complacerían en llevar amistad con los españoles, y, en prueba de ello, le trajo presentes de vistosas plumas de diversos colores, y una máscara dorada; á lo cual correspondió Grijalva obsequiándole con una medalla, un espejo dorado, dos sartas de cuentas verdes, unas tijeras, un par de cuchillos, un gorro de frisa, y un par de alpargatas, todo lo cual fué llevado con regocijo al cacique, pues todas estas bujerías, como nuevas y nunca vistas, agradaron con exceso á los indios. Además, anunció el mensajero que su señor vendría en la mañana siguiente á visitar personalmente á Grijalva, para poner el sello más firme é inquebrantable á su amistad y concordia.

Tal noticia agradó sobremanera á Grijalva, porque la amistad con los caciques indios se ajustaba perfectamente á las instrucciones que tenía; y pensaba que, por este medio, no dejaría de proporcionarse algún oro y otros metales preciosos que tanta falta le hacían para agradar á Velásquez. Así fué que desde muy temprano hizo aderezar los navíos, alistó á toda su tropa, en los puentes, bien armada y equipada, y mandó izar la bandera española al tope. Empavesó sus embarcaciones, y él mis-

mo se vistió con el mayor esmero. Se puso una ancha casaca de seda cruda color carmesí, larga y sin botones, zapatos con hebillas de oro, y cadenas y dijes preciosos y muy ricos, que asentaban bien á su persona, porque era gentil mancebo, joven y de gallarda apostura.

Apenas había salido el sol, y cuando Grijalva esperaba la deseada visita en la proa de la nave capitana, vióse bajar con rapidez el río, á un bote coronado de remeros que daban al remo con asombroso brío y vigor: en el fondo venía sentado el cacique Tabasco, sin armas, y llevando retratada en su fisonomía, la expresión más sincera de regocijo, de confianza y de seguridad. No semejaba al rey que va á pagar visita al embajador de un igual suyo, sino al hermano que penetra con familiaridad bajo el techo fraternal. Así sube el cacique Tabasco al puente de la nave capitana, y Grijalva, en justa correspondencia, le recibe con respeto, le colma de atenciones y consideraciones, y, después de abrazarle cordialmente, se sientan ambos capitanes á conversar con semblante amistoso y afable. Conversación por cierto, original, pues que en ella más parte tuvieron las señas y los gestos, que no las palabras; pero, en fin, á veces para mostrar amabilidad y afecto puro y desinteresado se prestan más las expresiones del rostro, que no las palabras; y tal sucedió esta vez, porque ambos jefes quedaron recíprocamente contentos y satisfechos, y lo mostraron con los mutuos agasajos que se hicieron. El cacique mandó sacar de su bote una petaca de palmas, cubierta de cuero de venado, y se la ofreció á Grijalva con todos los presentes que contenía, y

que eran piezas de oro correspondientes á una armadura de oro finísimo con la cual, por sus mismas manos, revistió á su amigo.

Grijalva, por su parte, mandó poner al cacique una muy rica camisa blanca de finísima tela, y, quitándose la casaca de seda que vestía, se la puso al cacique, con una gorra de terciopelo, y unos zapatos de cuero nuevos y muy buenos. Despidiéronse luego como sinceros amigos; pero, como la fuerza de la corriente del río no permitía á los buques españoles subir hasta el pueblo que servía de capital, fué preciso renunciar, por esta vez, á penetrar en el interior de esta provincia, que á la simple perspectiva de sus riberas y costas, y de sus caudalosos ríos, hacía adivinar una tierra de verdes selvas, fértil y rica en productos para el alimento y comodidad del hombre. Los compañeros de Grijalva, al ver sus vírgenes bosques, sintieron nacer en su corazón ardientes simpatías hacia esta tierra, que se imaginaban en alto grado felicísima. Rogaban con ánsia á Grijalva que hiciese allí asiento y población; pero Grijalva, adherido estrictamente á sus instrucciones de no poblar, resistió tenazmente á todas sus instancias, y aun á las murmuraciones que su misma firmeza hizo nacer.¹

Dió órdenes de levantar anclas, y, arrostrando el descontento manifiesto de su gente, salió á la mar, el 11 de Junio de 1518, y prosiguió su camino por la costa, al poniente. Todo el litoral parecía sembrado de poblaciones y lleno de edificios que daban

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, cap. CXI.—*Itinerario de Grijalva*, pág. 294.—Oviedo, op. cit. tomo I, cap. XIII, lib. XVII.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. cap. XI.

señal de lo bien habitada que estaba entonces aquella región. De tiempo en tiempo, se divisaban en el horizonte canoas de indios tabasqueños que se desprendían de la costa, sea para pescar, sea para ir de viaje de uno á otro punto, sea en fin que saliesen á vigilar el camino que seguían los españoles. Grijalva se entretenía á veces en mandar cojer y aprisionar algunas de estas canoas: la primera que cayó en su poder estaba tripulada por cuatro indios, los cuales, llevados á presencia del jefe de la expedición, no pudieron darse á entender; hablaban diversa lengua que los mayas, y á duras penas pudieron comprender algunas de las señas que se les hacían. Lo que sí entendieron perfectamente fué la pregunta que les hicieron relativa á la existencia de oro en aquellas comarcas, porque, apenas les presentaron una muestra, contestaron que había mucho en su país; que lo recogían hasta en las arenas de los ríos; y que, si los soltaban, habrían de traer gran cantidad del precioso metal, en gratitud de su libertad. Comprendieron perfectamente la avidez de sus captores, y acariciaron su flaco, para conseguir su libertad.

Los indios, desde sus primeros tratos con los españoles, desmintieron con hechos la estolidéz que tanto se alegó después como pretexto para no ilustrarlos. La prueba palpitante se halla á la mano en estos infelices tabasqueños que, cautivos, adivinaban á la primera ojeada la pasión de sus dueños, y se propusieron halagarla para salir del cautiverio. Y alcanzaron su fin; porque, cogidos más tarde otros cuatro indígenas, Grijalva dispuso que se diese libertad á seis de ellos, con encargo de que fuesen en

busca de oro, y con promesa de que, en trayendolo, soltaría también á los otros dos tabasqueños que conservó en rehenes. Los indios, sin embargo, una vez recobrada la libertad, jamás volvieron á pensar en el oro, ni en sus desgraciados compañeros, ni en los ofertas de Grijalva: se fueron para no volver.

El mismo Grijalva quedó chasqueado, pues, creyendo á pie juntillas que habían de volver trayéndole el oro ofrecido, andaba preocupado con su vuelta y con el oro que esperaba. Como puede notarse, daba gran importancia á las instrucciones de Velásquez, que le había ordenado no tanto guerrear y batallar para hacer conquistas y adquirir posesiones, cuanto recoger mucho oro y llevárselo, y, para ello, tratar bien á los moradores de los países descubiertos.

Así es que, llena su imaginación de estos pensamientos, quedó muy alegre cuando un día muy de mañana vió en la costa muchos indios con dos banderas blancas, con las cuales como que llamaban la atención de los buques, y pedían auxilio. Creyó cándidamente que eran sus indios que, leales y exactos, le llamaban para ofrecerle á montones el oro; y, más que de prisa, detuvo el andar de sus buques, y aprestó botes y gente para el desembarco. Personalmente se metió en uno de los botes, mas no le valió su intrepidez y decisión; fué preciso renunciar á bajar á la playa, porque el mar estaba agitado, había gran resaca, y la costa era quebrada y peñascosa: se corría grave riesgo de estrellarse antes de poner el pie en tierra. Hubo que resignarse, pues, á hacer señas á los indios, invitándoles á venir; señas que contemplaron sordos é indiferentes,

si no con desdén. Grijalva acabó por persuadirse de que le habían dado una buena brega, y, bastante mohino y desconcertado, se volvió á sus buques, y prosiguió adelante su viaje.¹

¹ Oviedo, op. cit., tomo I, pág. 522.

CAPITULO XII.

Aguayalulco.—Descubrimiento del río de Alvarado.—La isla de Sacrificios. Desembarque y permanencia en la costa.—Pedro de Alvarado es enviado á Cuba con noticias de la expedición.

Dos días después de la salida de Grijalva, habían visto un pueblo en la costa, á la orilla del río de Aguayalulco. Sus habitantes salieron á la playa á contemplar el tránsito de los buques españoles, y á mostrarles su hostilidad, como para impedirles aproximarse á sus hogares. Llevaban en la mano izquierda relucientes conchas de tortuga con que se creían bien defendidos, y amenazaban con las manos y con los gestos. Pusiéronle los españoles á este pueblo el nombre de «La Rambla.» Pasaron luego frente al río de Tonalá y puerto de San Antón, por el río de Goatzacoalcos, y empezaron á descubrirse unas grandes sierras cargadas de nieve, llamadas hoy sierras de San Martín, por haber sido el primero que las vió un soldado llamado San Martín, vecino de la Habana.¹

El capitán Alvarado se había adelantado con su bergantín, y, entrando en el río que lleva su nombre, se puso á reconocerlo, y aun bajó á tierra, y en-

¹ Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 11.